

ración de su vista. Juzgaban como vestigio de un ensueño delicioso lo sucedido, y se sentían entrañablemente reconocidos a la Virgen, que tan pronta y fácilmente había efectuado la maravilla de dar luz a unos ojos que carecían de ella.

El tercer caso, es la curación de un *lupus* que padeció cierto camarero de un hotel donde yo he residido bastantes años consecutivos. El *lupus* es una forma de la inflamación cutánea crónica, que se manifiesta por tubérculos más o menos voluminosos, lívidos, indolentes, solitarios o agrupados, los cuales van seguidos bien de úlceras icorosas o corrosivas, o de una profunda alteración de la estructura de la piel, sin ulceración preliminar ni consecutiva.... (Pierre Larousse: *Encyclopédie*.—*Librairie Hachette et C.^{le}*—Paris, 1910). El desventurado sirviente a que aludo, cuyo existir, amargado por el tedio y el cansancio, enemigos de toda ilusión y todo placer, le resultaba pesado calvario, logró reunir, procedente de algunas personas filantrópicas, la cantidad necesaria para marchar en peregrinación a Lourdes... y allí dejó dichosamente toda su repugnante dolencia. Yo, continué viéndole mucho tiempo después, gozando siempre de inquebrantable salud y pareciéndole cosa imposible haberse despojado de la miseria y podredumbre en que un día se vió trágicamente envuelto.

Profundos e imborrables son en verdad los recuerdos que el creyente, el artista, el hombre de ciencia y aun el turista indiferente han de conservar de su estancia en Lourdes—rincón de paz y olvido del mundo y de sus pesares—cuya vida experimental o psicológica, desde el punto de vista del idealismo cristiano, acabo de ofrecer en lienzos pintados a grandes trazos, sinó con primores de colorido y dibujo, con plena conciencia de su justeza y su verismo. Por otra parte, aunque la población es relativamente pequeña, pues no pasa de *ocho mil* habitantes (*Ibidem*), está llena de hoteles y fondas de mucha suntuosidad, y de infinitas hospederías para viajeros de todas las fortunas. Sus vías públicas, surcadas por tranvías eléctricos y toda clase de vehículos de lujo, acusan refinadas exquisiteces de policía urbana; en sus muchos bazares, almacenes y tiendas de todo género, se expenden variedad de objetos con la inscripción imprescindible, «Souvenir de Notre Dame de Lourdes» *Recuerdo de la Virgen de Lourdes*; la campaña, como escribo al principio, es sumamente deleitosa y amena, prestándole majestad y atractivos los altos picos pirenaicos; y la localidad está ocupada siempre por copia de personas, llegada de todos los ámbitos del Globo—se calcula en *quinientos mil* la cifra anual de visitantes—para conquistar, junto a lo que vale mucho—la salud—, algo que no significa ménos, si pensamos que la confirmación en la fé del Crucificado, supone un aumento sensible de vigor moral y mayor espíritu de resignación ante las decepciones y los dolores imprescindibles e infinitos del vivir; pues como dijo elegantemente el gran polígrafo don Francisco de Quevedo y Villegas, «El hombre con su dolor, es ménos que su dolor; pero con Dios, es superior al dolor de que es capaz.»

Poseído de la mayor emoción que recuerdo haber experimentado, abandoné en su día aquellos sacrosantos parajes, embellecidos por la naturaleza y santificados por la religión, como si una y otra se hubieran complacido en rendir el tributo de sus respectivas maravillas a los piés de la Madre de Dios, que cuenta allí con un altar y un trono, dignos, hasta donde se hace posible, de su incomparable excelcitud y sobrehumana grandeza.

Ramiro Romo y Galiano

CICLON DE ARMONIA

Todos los años se repite la cuestión batallona de los bailes de Carnaval, dados por nuestra Sociedad recreativa y sedicente cultural, siendo tema de abundantes polémicas y disparidades de criterio. En el 1924, de gracia, que corre, no podíamos faltar a la tradicional costumbre de enzarzarnos unos socios con otros por tan bailable motivo, pero hay que reconocer que esta vez nos hemos superado en los síntomas premonitorios, procurando y logrando darles gran relieve y una originalidad de nuevo régimen, muy acorde con el reformatorio universal que dicen moldea e informa ahora un Mundo Nuevo.

Véase. Siempre fué costumbre que el Casino diera algunos bailes, de esos que ilaman de Sociedad; y como las estrechuras y poca firmeza de sustentación del local propio y sus salones, parece ser que no permiten grandes aglomeraciones danzantes, se contratava al objeto enunciado el *Teatro de D. Adelardo López de Ayala, de éstos vecinos*, pagando, como es natural, la Sociedad de cultura y deporte, una cantidad determinada al arrendatario, o al Ayuntamiento propietario (si no había Empresa) o haciéndose cargo por su cuenta de los gastos de hoja del Teatro en cada sesión coreográfica.

En síntesis, que el Casino, bailaba o disfrutaba de la asistencia al espectáculo, al son de su dinero, ya los abonára al contado o los quedára a deber, gozára de desahogada situación económica (pocas veces o ninguna) o le llegarán las trampas ahogadoras hasta los ojos.

Pero ahora, la Junta Directiva, que tenemos el honor de ser velados por ella, o alguno de sus honorables individuos, ha descubierto un feliz y novel sistema *mixto*, en virtud del cual nos vamos a divertir hasta hartarnos, realizando a la par el milagroso *desideratum* de que a la Sociedad no le cuesten una perra tres de los cinco bailes, o sea practicando a maravilla la máxima horaciana de armonizar lo ameno con lo útil. ¡Atención, pues! Los dos primeros bailes se darán, como los restantes, en el Teatro Ayala, pero con arreglo a los usos y costumbres del tiempo pasado, como último tributo de respeto y despedida a la tradición. Hasta aquí vamos de acuerdo y todo marcha al pelo, mi Capitán. Pero pasamos a los tres siguientes, y aquí ya entra el *magín* innovador. Como